

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR CONTRALMIRANTE GUSTAVO ANGEL MEJIA, EL 24 DE JULIO "DIA DE LA ARMADA NACIONAL"

Una vez más la nación colombiana, representada por su Armada, se congrega fervorosa alrededor de este monumento para rendir tributo de admiración, respeto y gratitud a su máximo héroe naval el Almirante José Padilla, con ocasión de celebrarse en esta fecha un aniversario más de la Batalla de Maracaibo, gesta admirable que marca un hito de especial relevancia, en la historia de las grandes epopeyas navales y que proyectó a la inmortalidad la fulgurante figura de nuestro invicto "héroe de ébano".

Aquel 24 de julio de 1823, se fueron a pique no solamente los navíos, sino también las ambiciones de la Armada Realista que quiso mantener el dominio de unos mares que, aunque ajenos al fragor de las épicas contiendas navales de otros continentes, tuvieron por defensores, improvisados y heroicos marinos, tan jóvenes como su corta historia, pero que con coraje, voluntad y patriotismo superaron con creces sus avezados contrincantes, hasta obtener su libertad.

Terminado el accionar de la sangrienta batalla, cuando el humo de las últimas andanadas empezó a disiparse y el grito jubiloso de los marinos patriotas se confundía con las imprecações de los vencidos, el gemir de los heridos y el crujir de las llamas en las arboladuras de los navíos derrotados, la victoria del "Nelson colombiano", como lo llamó el libertador Bolívar, se había consolidado plenamente y sólo quedaba el balance final de aquel bravo e histórico enfrentamiento naval: Hubo valor y heroísmo de realistas y patriotas, marinos y buques coronados de gloria unos y de humillación otros; la sangre teñía de púrpura las aguas del lago de Maracaibo, mientras en el azul infinito de los cielos granadinos el sol empezaba a brillar con fulgor de libertad dándole así dimensión de patria al tricolor de Miranda.

Siguiendo las palabras de la proclama de Padilla: "Colombianos morir o ser libres", nuestros buques y marinos pasaron a la historia; el bergantín "independiente" comandado por el Capitán de Navío Renato Beluche, como buque insignia de la flota y a bordo el Almirante José Padilla con su Estado Mayor y una tripulación de 110 hombres; el bergantín "confianza" al mando del Capitán de Navío Pedro Uribarry, con 51 hombres de tripulación; la goleta "Antonia Manuela" al mando del Teniente de Navío José Rastigue y tripulada por 31 hombres; la goleta "Manuela Chyty" bajo el comando del Alférez Félix Romero y con una tripulación de 38 hombres; la goleta "Peacock" al mando del Teniente de Fragata Clemente Castel y tripulada por 36 hombres; la goleta de tres palos "Emprendedora" bajo el comando del Alférez Tomás Vega y tripulada por 50 hombres; la goleta "Independiente", bajo el comando del Capitán Samuel Pilot, tripulada por 81 hombres; la goleta "Leona" comandada por el Oficial Juan M., tripulada por 92 hombres; la goleta "Espartana" bajo el mando del Capitán Moaulin y su tripulación de 80 hombres; el bergantín "Marte" comandado por el valiente Capitán de Navío Nicolás Joly y tripulado por 143 hombres. Además de 600 hombres, entre oficiales y tropa, embarcados el día de la gran batalla en los diferentes buques, héroes incógnitos cuyos nombres jamás pudo registrar la historia pero a quienes la Patria agradecida también rinde emocionado tributo de admiración.

De la magnitud de la batalla nos hablan con más elocuencia las cifras; los realistas tuvieron 800 bajas, entre muertos y heridos y 438 prisioneros hechos por los patriotas, incluyendo 69 oficiales; Padilla, a su vez, perdió 8 oficiales y 36 marineros: 119 entre oficiales y marinería, recibieron heridas que lucieron como las más altas y significativas condecoraciones por su heroica contribución a la libertad de la patria, en un combate naval que no sólo consolidó la libertad de Venezuela y Colombia, sino que permitió la liberación de medio continente. "Si se pierde el combate de Maracaibo la suerte de la Guerra de Independencia hubiera sido otra", dice el historiador y diplomático venezolano Arturo Uslar Pietri. "Seguramente se hubiera prolongado por varios años más, tal vez Bolívar

hubiera tenido que regresar del sur. Todo lo ganado en trece años de larga y desesperada guerra hubiera estado otra vez en juego".

Pero esta efemérides patria, que la Armada Nacional celebra con alborozo como su día tradicional, debe ser ocasión, no sólo para rememorar las proezas y victoria de la gran Batalla de Maracaibo, y rendir homenaje de admiración y gratitud a su artífice el Almirante José Padilla, sino para recordar a todos aquéllos que han sido forjadores de nuestra marina de guerra.

Al General Francisco Miranda, gran precursor de la independencia americana, quien en el invierno de 1805, en Nueva York, inicia el primer esfuerzo o quizá "la primera aventura" naval con el alistamiento del velero "El Leandro", que zarparía el 2 de febrero de 1806 hacia nuestras costas dando nacimiento simultáneo a la primera armada y a la bandera colombiana que orgullosa era batida en sus mástiles por los vientos de libertad que empezaban a soplar en el Caribe.

Al armador y marino de Curazao Luis Brión, quien dio su apoyo al Libertador Bolívar para la creación de la flotilla Expedicionaria que zarpó del Puerto de Aquín, el 20 de marzo de 1816 hacia las costas venezolanas y fue ascendido al grado de Almirante por su valor en el combate con los buques españoles "Intrépido" y "Rita".

Al General Francisco de Paula Santander por la creación de la Escuela Náutica en 1822 y a su primer director y héroe de la campaña del río Magdalena, el capitán de navío don Rafael Tono Llopis y a su subdirector, el alférez de navío Pedro María Iglesias.

Al General Rafael Reyes, quien ante el estremecimiento que le causó a Colombia la desmembración de Panamá, Considero necesario volver a mirar al mar como vínculo natural de integración patria y soberanía y fundó por segunda vez la escuela naval abordo del vapor "Marroquín", el 8 de octubre de 1907, la cual fue dirigida por el teniente primero de la marina chilena don Alberto Asmussen y que infortunadamente culminó labores con la graduación de 8 guardiamarinás el 13 de febrero de 1910.

A los primeros oficiales de esta nueva escuela naval, pero de manera particular a los capitanes Prieto, Galindo, Gerlein, Nieto, Valenzuela y Mastrodoménico quienes a pesar del completo abandono del mar por parte de nuestros gobernantes y de nuestros compatriotas, que se prolongó por más de dos décadas, supieron conservar vivo su amor a esa armada colombiana que sólo existía en sus corazones y en sus pensamientos y que llenos de júbilo volvieron a revivir, cuando el 1º de septiembre de 1932 acudieron presurosos al llamado que la patria les hizo para tomar el timón de los buques y poner proa a la guerra en momentos en que la integridad territorial y la soberanía patria estaban en peligro.

Por último, entre otros, al señor Presidente Alfonso López Pumarejo, por la fundación de la actual escuela naval, que el 3 de julio pasado, cumplió 50 años de meritoria existencia, hecho que hemos celebrado no solamente los hombres del mar, sino el país entero, que se ha volcado en estos días a rendirle emocionado tributo de reconocimiento, admiración y gratitud.

Pero para rendir homenaje a quienes han sido forjadores de la Armada Colombiana, y de manera especial a nuestro máximo héroe naval, nada más oportuno que hablar hoy de los mares: de esos mares que él nos dejó como la más valiosa herencia de la epopeya de Maracaibo y de su sacrificio máximo por la libertad; de esos mares que hoy han adquirido una disminución muy diferente a la que el gran héroe naval conoció; de los mares, que sin él presentirlo entonces, se convertirían después de más de siglo y medio de haberlos liberado, en el más preciado patrimonio de los colombianos y la más sólida esperanza de que su incorporación al desarrollo económico y social pueda dar una respuesta positiva a las más caras aspiraciones de nuestro pueblo.

Muchas singladuras han pasado desde aquel 24 de julio de 1823, fecha que marcó el más importante acontecimiento en la historia de la Armada Colombiana, y desde la cual, aun en los albores de la nacionalidad, el país asumió la soberanía plena de sus mares. ¿Qué hemos hecho desde entonces con este precioso legado de Padilla?

No se habían disipado aún los últimos vestigios del cruento combate naval, cuando nuestra armada empezó a recorrer el más triste e incomprensible camino de su historia, aquél que tan acertadamente denominó el capitán de navío Enrique Román Bazarro en su libro "Proa en tres mares" como "El mar del olvido"; ¡a pesar de los ingentes esfuerzos que se hicieron por crear y mantener una escuela naval y una marina de guerra organizada; todo fue en vano! Aquella armada que se colmó de gloria en Maracaibo, fue desapareciendo lentamente con el crujir lastimero de sus jarcias y sus cuadernas, ante la ausencia de sus tripulaciones y las caricias vivificantes del viento y las olas marinas. Colombia volvió su espalda a aquel mar donde había consolidado su libertad y se enclaustró en el continente; quizás porque la naturaleza le brindó pródigamente en la superficie terrestre, todo cuanto necesitaba para su sustento y desarrollo, generando una miopía que no permitió a sus gentes mirar más allá de sus verdes montañas y de sus fértiles llanuras; la geografía se encogió en tal forma que aún en los textos escolares se sigue enseñando hoy que Colombia limita por el norte con el Océano Atlántico y por el occidente con el Océano Pacífico, dejando por fuera del territorio nuestro, las muy extensas y valiosas áreas marítimas.

Fue necesario que la integridad territorial se sintiera gravemente amenazada para que, después de más de un siglo de la efemérides que hoy conmemoramos, Colombia volviera tímidamente sus ojos al mar, reestructurando su marina de guerra y creando la actual escuela Naval. Este saludable reencuentro con el mar, que empezó débilmente hace un poco más de medio siglo, fue fortaleciéndose poco a poco; la armada adquirió la capacidad submarina y recientemente con sus nuevas y modernas corbetas, complementadas con su fuerza aeronaval, amplió ostensiblemente su poder de vigilancia y control de nuestros espacios marítimos, cuyos horizontes también fueron ampliados y definidos con la ley 10ª de 1978, "la llamada ley del mar"; con el establecimiento de un sistema de líneas de base rectas para la medición del mar territorial y la zona económica exclusiva, y con las delimitaciones acordadas con los países vecinos.

Era necesario que un país como el nuestro, con costas en los dos más grandes océanos mantuviera una marina de guerra moderna y dinámica, conoedora del cumplimiento de su delicada misión constitucional; pero era también necesario, para realizar un completo ejercicio de soberanía en tan extensas áreas marítimas, que se investigaran y se pudieran evaluar sus recursos naturales y las principales características, fisicoquímicas y biológicas que gobiernan y sustentan estos recursos y la dinámica de sus aguas. Tan imperiosa necesidad, dio origen también en nuestra armada a la capacidad de investigación oceanográfica y al nacimiento, de la que en el mundo actual se ha dado en llamar "La 5ª marina"; "La Flota Blanca", cuya misión es la de explorar y evaluar nuestros recursos marinos facilitando su integración al proceso de desarrollo nacional.

El ingreso de Colombia a la comisión permanente del Pacífico Sur y la construcción de la base naval de Bahía Málaga, son dos hechos de trascendental importancia que marcan, ahora sí, nuestro decidido ingreso a la inmensidad palpitante de las aguas descubiertas por el "adelantado del mar del sur", surcadas por invisibles y misteriosos caminos de unión entre los pueblos ribereños, colocados en la cuenca del que será el mar del siglo XXI; ya no seremos pues simples espectadores en este dinámico e irreversible nuevo proceso histórico que se perfila en el Océano Pacífico, pues hemos decidido enfrentar con determinación este estimulante desafío, que irremediablemente nos hará partícipes de un mundo mejor: el de la "era de la Cuenca del Pacífico".

Se ha dicho que el poder marítimo de una nación descansa fundamentalmente en la conciencia marítima de su pueblo, y nuestros compatriotas ya están empezando a mirar al mar, gracias a la vigorosa y agresiva política marítima, que el señor Presidente Belisario Betancur viene impulsando desde el principio de su gobierno, destinada a cambiar la tradicional mentalidad mediterránea del pueblo colombiano, hacia una auténtica vocación marítima que responda adecuadamente a las excepcionales condiciones geográficas de nuestro país, y dirigida a procurar beneficios socio-económicos tangibles.

Decía nuestro primer mandatario en Riohacha, durante la celebración del bicentenario del natalicio del Almirante Padilla en junio de 1983: "Doscientos años después, la mar de Padilla que se convirtió en crisol del mundo mágico del Caribe está forjando una nueva economía orientada por la convenición de Montego Bay; la sabiduría del Almirante para tomar los rizos y romper fuego a tocapenoles, debe transformarse hoy para el inventario científico de los recursos y la explotación racional de nuestra zona económica exclusiva, tanto en el Atlántico como en el Pacífico".

Esta saludable transformación ya empieza a plasmarse con hechos muy positivos como son el fortalecimiento de la comisión colombiana de oceanografía, la designación de un coordinador nacional y asesor de la Presidencia de la República en asuntos pesqueros y de manera especial, con la iniciación del programa de fomento pesquero que propiciará y facilitará el conocimiento y explotación técnica, científica y racional de los recursos vivos en nuestras áreas marítimas jurisdiccionales, permitiendo así el más efectivo ejercicio de soberanía sobre ellas.

Resulta evidente, para cualquier observador, que Colombia reúne todas las características para desarrollarse como una potencia marítima, desarrollo que se debe fundamentar en su privilegiada posición geográfica y política, que constituye uno de nuestros más importantes recursos naturales, casi inexplorado hasta el presente.

Cuando los colombianos comprendamos la verdadera importancia de este recurso y en qué grado debemos depender del mar para nuestra subsistencia y seguridad, abremos adquirido una verdadera conciencia marítima, factor fundamental para llegar a tener un poder marítimo que se compadezca con el inmenso valor de nuestra privilegiada ubicación geográfica.

El desarrollo y fortalecimiento de nuestro poder marítimo se debe sustentar entonces, no solamente en la esperada re-

vitalización de las condiciones económicas mundiales y nacionales, sino en el convencimiento que debemos tener, de que el mar debe adquirir un justo valor, cuando seamos capaces de aprovechar, a través de su uso y explotación las múltiples facilidades que brinda para su accionar en lo político, económico y cultural, y que su significación va mucho más lejos de la posesión de las áreas que la nueva legislación marítima ha dado a la nación.

Permítame por último que termine estas frases, con las hermosas y más elocuentes del poeta Jorge Robledo Ortiz:

"El mar..... El mar..... El mar también es patria..... El mar está cosido a Colombia por la red de su historia..... Por la dinámica de sus olas..... Por sus caminos de esperanza..... Por el encaje de su espuma.....".

Por el mar podemos llegar al tricolor nacional..... A la sabia esperanza de su tierra..... A las urgencias de nuestros hermanos.....".